



María Cristina Dasso. 2019. Reseña de “Frédéric Saumade. 2008. *Maçatl. Les transformations mexicaines des jeux taurins*”. *América Crítica* 3(1): 113-117, ISSN: 2532-6724, DOI: 10.13125/americacritica/3860.

**Abstract**

Book review of Frédéric Saumade, *Maçatl. Les transformations mexicaines des jeux taurins*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux / Pessac, 2008, pp. 395.

**Resumen**

Reseña de Frédéric Saumade, *Maçatl. Les transformations mexicaines des jeux taurins*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux / Pessac, 2008, pp. 395.

**Frédéric Saumade, 2008, *Maçatl. Les transformations mexicaines des jeux taurins*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux / Pessac, pp. 395.**

*María Cristina Dasso*

Centro de Investigaciones en Antropología Filosófica y Cultural (CIAFIC), Argentina

El autor, con una extensa experiencia de estudio de fenómenos de tauromaquia, comienza esta obra con el debate acerca de la capacidad de existir por sí mismo del indígena americano. Penetra, en la Introducción, en la alternativa de integración o regresión al estado de naturaleza que le reservaba el pensamiento occidental clásico a este tópico. Hoy el tema es capaz de llegar al presente bajo la forma de *mestizaje o muerte*, fruto de adjudicar al aborigen “no saber resistir” a las fuerzas del mundo moderno. Sin embargo, bien pronto Saumade sugiere otras posibilidades, reclamando una lectura renovada del mestizaje biológico y cultural, empleando claves diversas de aquellas de la derrota y la fatalidad indígena. En efecto, hay en México y en sus fenómenos de tauromaquia una visión del mundo que es mesoamericana y *vampiriza la civilización hispano europea al sumergirla en la complejidad de las representaciones nacidas del contacto*. De tal modo, el autor establece su punto de abordaje del tema, indicándonos que el mejicano que celebra la *corrida* preserva una imagen que el poder español le ha cedido, proyectando las figuras del toro y del caballo en el centro de un ceremonial de ostentación.

La tauromaquia, desde comienzos del período de presencia hispánica, tuvo un impacto considerable en el México indígena y mestizo. En los siglos XIX y XX hacen su aparición las transformaciones vernáculas de aquélla, donde ya se manifiestan ciertos rasgos paródicos propios de otros fenómenos asociados. Por oposición al “toro bravo” español, se ve aparecer al bovino local, de cría, en tanto que la enlazada y la monta del mismo parecen distorsionar un rasgo central del juego de arena europeo. Hay en México dos tipos de espectáculos taurinos y ecuestres a los que Saumade se dedica *in extenso*: la *charreada* y el *jaripeo*, que han transformado el modo de tratamiento de los animales de la *corrida* española: en vez de torear o enfrentar al toro con el caballo, los

protagonistas los enlazan y montan para aumentar su agresividad. Invierten así las categorías del arte ibérico taurino y ecuestre, asimilando categorías que el hispano separa.

Dada la adhesión generalizada a estos espectáculos en México, la diada equitación-tauromaquia y su inversa, la monta del toro, constituyen una polaridad semántica que abarca al conjunto de la sociedad nacional, desde las clases dirigentes hasta el medio indígena. Asimismo, hay prácticas y fenómenos vinculados como las *danzas de toritos* y otros que se encuentran en el centro de ritos patronales y del Carnaval local, configurando *puestas en escena* donde la mutua fecundación de las culturas amerindias, hispánica y africanas da lugar a un complejo mestizaje que constituye un punto de vista alternativo para el estudio. Este proceso se ha constituido de tal modo que deja ver como no sólo el contacto colonial no eliminó la cultura indígena sino que la regeneró y aun la clase criolla dominante encuentra en la *cultura dominada* los fundamentos de su propia originalidad. Por este motivo Saumade destaca que la continuidad de la civilización mesoamericana abarca hasta los medios urbanos privilegiados que superficialmente aparecen como herederos de bienes exclusivamente europeos. Este proceso lo sigue el autor a través del signo de los animales, en cuyo enfoque aparece el pensamiento mesoamericano que no solamente desestructura las oposiciones hispánicas, sino que es capaz de amalgamar tradiciones, técnicas y elementos ideales y materiales en una serie de prácticas rituales y lúdicas. En esta dinámica brilla el sistema de tauromaquia mejicano que, confrontado con los antecedentes ibéricos, expone un proceso de inversión verificable en tres niveles: las técnicas, el imaginario y la morfología social – en un estricto sentido maussiano, es decir, la forma espacial que asumen los grupos humanos en función del ritmo estacional.

Un signo es, efectivamente, la *monta del toro*, que tiene ocasión de expresarse en la amplitud definida por los tipos tauromáquicos mejicanos. El autor se concentra en la *charreada*, el deporte nacional oficial. Practicada en los estados de México, cuenta con diversos niveles de adhesión popular. Se practica en el seno de *Asociaciones de Charros* en una “campiña ideal” en el corazón de la ciudad; aquellas son asociaciones sin fines de lucro que funcionan como clubes donde los jóvenes de buena familia se reúnen en los *lienros charros* – una transformación de la arena española – tanto para el entrenamiento

cuanto para el espectáculo que ofrecen. Sus figuras tutelares son héroes de la revolución mejicana y los adeptos al deporte poseen el estatuto de soldados de reserva. Fuera de la capital, las regiones de *ex-haciendas* y *ranchos* cuentan con personal que suele pertenecer al medio *charro*. Nos dice el autor que la *charreada* expresa la ideología de la clase dominante criolla, heredera de los colonizadores europeos. En ella, el *lienzo* muestra el imaginario de caballería ibérica, pero la representación del toro se aleja de la tauromaquia clásica al seleccionar animales muy jóvenes e inexpertos. Siempre llevando cabellos cortos y sombrero de fieltro, hay una estricta correlación de vestimenta y ornato del *charro* y la silla de monta, que varían según las ocasiones, escalonadas desde “media gala” a “etiqueta”. Saumade señala que la *charreada* es mucho más blanca que indígena y más ecuestre que taurina. Los *charros* se identifican con el indio mítico de la historia, pero emergen de los soldados de la independencia y de los caballeros mestizos de las *haciendas* vaqueras. La contraparte femenina de esta equitación de alta escuela –pues la *charreada* exige destrezas técnicas, calidad de caballos y lujo de vestimenta – son las *escaramuzas* o ballet ecuestre –introducido más recientemente – donde las muchachas, ornadas con coloridos vestidos de volados, coordinan los movimientos de sus cabalgaduras al son de la música. El tipo de silla albarda permite un juego irreal de monta, donde se destaca la pureza femenina de la amazona. *Charreada* y *escaramuzas* cuentan con el espacio específico del *lienzo charro*. El autor dedica un profundo análisis a la historia, simbólica y técnicas de la *charreada*, donde se destaca el papel central del caballo (como especie y lugar de exposición del jinete) y el rol secundario que la práctica le reserva al bovino, contrario al ideal del “toro bravo” español.

Un nuevo tipo de arte ecuestre es luego destacado por el autor: el *jaripeo*, que plantea la manifiesta distancia étnica, estética y social apreciable en los cultores de estas prácticas. Aquí, los jinetes indígenas y mestizos se juegan el todo confrontando animales que llegan a pesar 800 kg., toros con nombres que dan indicios de su protagonismo. Alejado del divertimento estético de la *charreada*, en el *jaripeo* vibra la violencia del desafío a la muerte, representada en el toro. El *jaripeo ranchero profesional*, como se lo anuncia, se remonta a las fiestas de aldeas y comunidades indígena-mestizas. Fiesta de paisanos que visten como tales, y en ella el episodio central es la *monta del toro*. Aunque

fueron sinónimos por largo tiempo, el *jaripeo* (juego festivo de haciendas que involucraba maniatar a un toro bravo y divertirse con las tareas vaqueras) y la *charreada* (entendida como conjunto de normas y actividades de los *charros*, que abarca el arte de montar y realizar ejercicios ecuestres, enlazar al ganado, entre otros) se fueron diferenciando. Hay una distribución geográfica de estos deportes: los Estados de fuerte componente indígena (en el centro, oeste y sur del país) manifiestan su adhesión predominante – casi exclusiva – al *jaripeo*. La *charreada* vibra, junto a la *corrida* y las parodias festivas, en Tlaxcala. En tanto, los estados del norte ofrecen la variante de la *charreada* en el rodeo norteamericano, dotado de disciplinas diferentes, al que también el autor le dedica sus observaciones. En todos los casos, estos fenómenos se ordenan también en el seno de las grandes categorías sociológicas mejicanas, en especial la distinción mestizo-indígena. Son abundantes y agudas las observaciones que el autor realiza en torno de cada aspecto involucrado en las transformaciones mejicanas de los juegos taurinos, donde sigue un orden que analiza desde la técnica a la metáfora de montar y dominar a las bestias, pasando por los avatares del jinete y del hombre montado en los juegos paródicos, hasta profundizar en las condiciones materiales e imaginarias de una adopción como la que trata. El estudio nos prepara, pues, para desarrollar el tema del *maçatl* que titula la obra. Este enigmático apelativo indígena designa a la vez un mamífero local esencial – el venado –, así como nombra al soporte militar y doméstico del español: el caballo. También el nativo designa al bovino con este término. De tal modo, en un sistema semántico de tres términos se descubre la estructura que los vincula, de un lado *lo indomable* como tal, enfrentado a una dupla, del otro, erigida como ardid de la razón moderna para afirmar los valores de la sociedad a través de animales *pseudo salvajes*: el caballo y el bovino, bestias del espectáculo.

La ambivalencia del cérvido en las culturas mesoamericanas se materializa, por ejemplo, en los periodos alternados en que ostenta cornamenta, donde se manifiestan la agresividad sexual y de reproducción, en tanto que, careciendo de ella se hacen evidentes las transformaciones que concentran la atención del pensamiento aborigen. Esas virtudes de la transformación mítica prehispánica parecen aflorar y resolver el par inédito – foráneo – del bovino/equino en el bestiario preexistente. La cornamenta es el operador semántico

de esta transformación. Una detallada investigación narrativa, lingüística y el análisis semántico permiten profundizar este rico campo de análisis, que Saumade realiza con soltura, hasta determinar que la *monta* se constituye en el vector de la transformación; es decir, una apropiación indígena del caballo a partir de dos hechos: la monta del toro – doble antagonista del caballo –, y la monta del hombre. La asimilación recíproca del hombre y del animal es una constante del pensamiento mesoamericano, donde además se registra cómo los animales hispánicos toman un sitio en las articulaciones de la vida social y el universo simbólico tradicional. Este trabajo nos ofrece, pues, novedosos ángulos de comprensión para el estudio de procesos interculturales complejos. Estos son aprehendidos además en su profundidad histórica y analizados en sus matices lingüísticos, así como tomando en cuenta la significación de su dispersión geográfica. La metodología de trabajo deja ver una etnografía aplicada a una prolongada estancia de campo. Las fotografías e ilustraciones que acompañan la obra representan un complemento de calidad en la lectura de la misma.